

Exposición Falla en San Jerónimo. Granada

José García de Paredes, arquitecto.
Enrique Franco, asesor musical.

El planteamiento de una exposición Manuel de Falla ha debido someterse, por razones de fiel autenticidad, a tres imperativos fundamentales: adecuación, concisión y claridad.

Adecuación, al espacio arquitectónico en el que tiene lugar, el refectorio del Monasterio de San Jerónimo; al material que se muestra, considerado como reflejo palpante de una vida egregia; a la misma personalidad de don Manuel, "artista puro y hondo" en frase de Pedro Salinas, que trabajó en religiosa actitud de humildad. Adecuación también al silencio, el aire y el rumor de la ciudad de Granada apresados en un símbolo tan real como poético, "agua oculta que llora".

Concisión, para expresar las ideas propuestas sirviéndose de los elementos estrictamente indispensables. Así fué la armonía de la vida y la obra de Falla: ni una nota sin justificación, por sí misma y por el valor de resonancias naturales que comporta.

Claridad, para contar las cosas unas después de otras como quiere "Azorín" y quiso Falla. Claridad que fué paisaje interior y exterior de don Manuel desde Cádiz la salada hasta la Alta Gracia, pasando por la blanca Antequeruela.

Los tres imperativos debían darse fundidos y confundidos en el plano musical y en el arquitectónico; en la exposición y en su catálogo. No se intenta una exhibición de material para eruditos, sino una rigurosa selección de aquel que, sobre su interés intrínseco, está más cargado de resonancias vitales de don Manuel. El tiempo de su existencia se aleja, sin embargo, por el suceder de los días y las lunas: la evocación no podía ser realista, sino como un poco difuminada. La tonalidad de las vitrinas nos da la lejanía; la intensa luz que las alumbra, la claridad sin mancha.

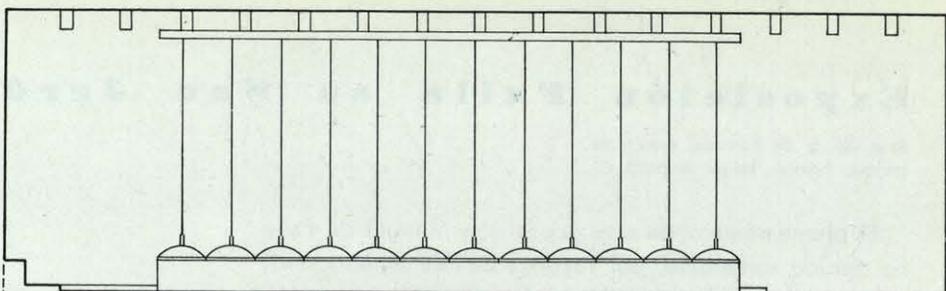
Se huyó de la descripción por contraria a la estética de Falla, para buscar aquello que fué raíz de su universalismo, la sugerencia impresionista. No habría podido alcanzarse sin aceptar un pie forzado: cuánto se expone perteneció a Manuel de Falla.

Tenéis aquí sus partituras, sus cartas, sus libros, sus admiraciones y amistades, sus pequeñas cosas, tan pocas y tan pobres. El periodiquito casero de la niñez gaditana y el bastón en que apoyó sus últimos días; los pay-pay que movieron levemente el aire de Granada y las pajaritas dedicadas por Unamuno; la partitura autógrafa del *Retablo* y algunos inéditos: *Fuego fatuo*, himno sobre Pedrell, ilustraciones para Lope y Calderón.

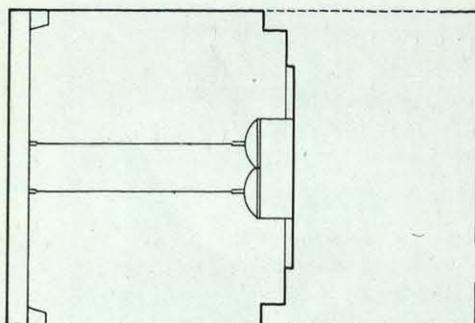
En fin, los honores—homenajes, nombramientos, bibliografía—concedidos a un hombre que no los persi-



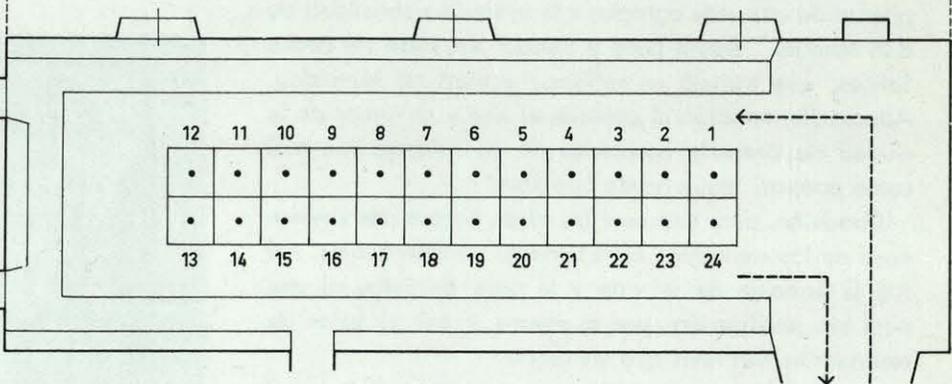
0 1 2 3 4 5 6 M.
ESCALA



SECCION



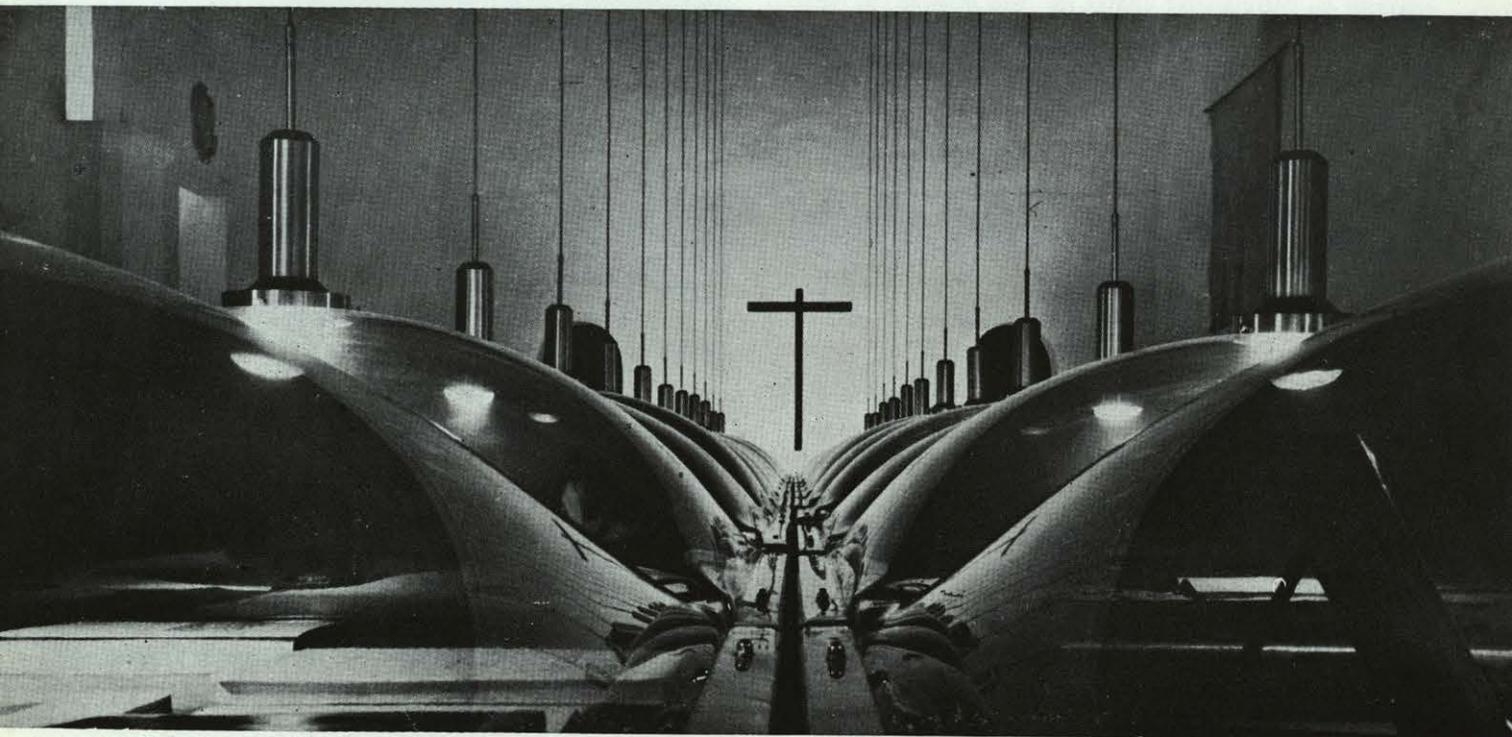
SECCION

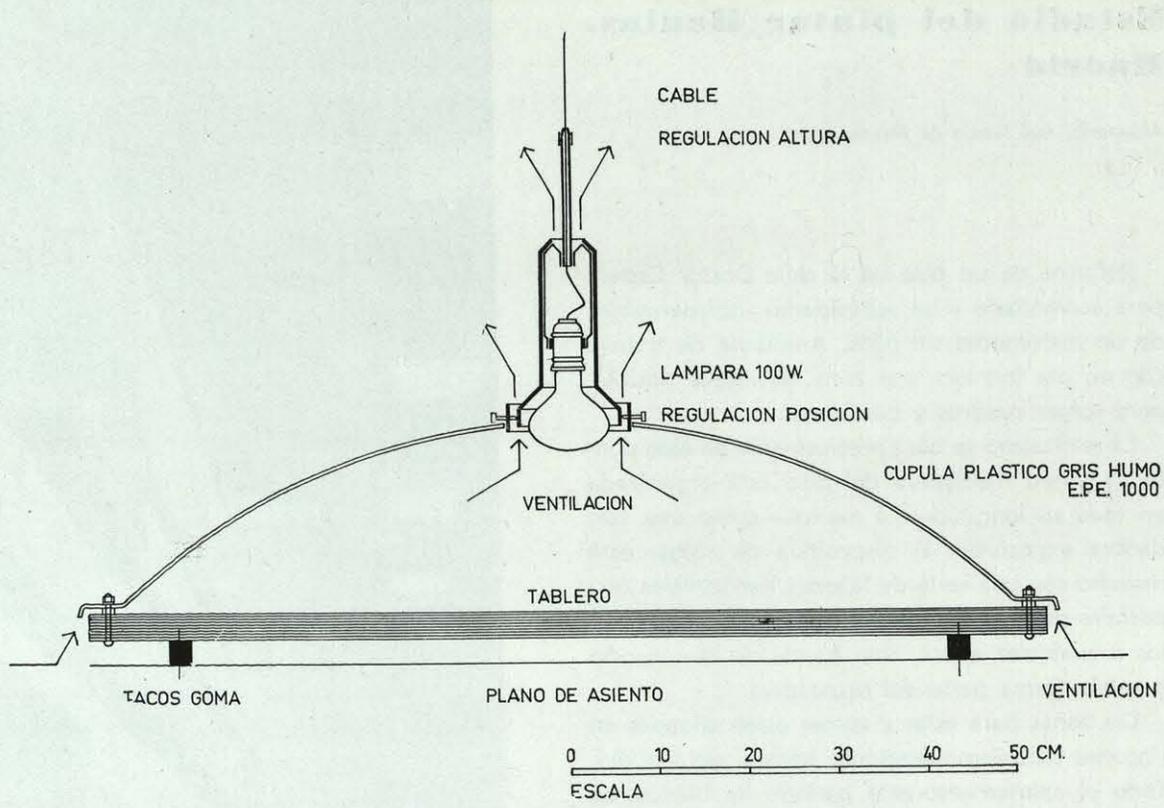


PLANTA

Respetando íntegramente el magnífico espacio arquitectónico del refectorio de San Jerónimo, se construye, exento en su centro, un poyo enalado de ochenta centímetros de altura sobre el que se colocan las veinticuatro vitrinas. El suave rumor del agua en una fuente próxima llena el aire de la exposición.

Se manejan únicamente los tres elementos indispensables: el plano de exposición, la protección transparente y una lámpara que, penetrando en la vitrina para evitar los reflejos, produce la renovación natural del aire en su interior.





guió, pues hizo lema de su vida el grabado por la Orden Jerónima sobre estos muros: "soli Deo honor et gloria". Para El trabajó don Manuel a lo largo de una existencia apretada de sueños y corta de salud, desde las primeras piecillas hasta *La Atlántida*, que resuena ahora bajo las bóvedas de este monasterio. Lejana pero pre-

sente está "eixa mar" atlántica junto a la que nació, la que lo llevó a América y fué camino de vuelta de sus restos.

Es honor y gloria para Granada, amorosamente fiel a Falla, exponer por vez primera cuanto don Manuel hizo, quiso y tuvo.

